

Cuesta abajo en su rodada

¿Democracia con ritmo de tango?

Carlos Iván Degregori

Los acontecimientos se precipitan. Como una explosión en cadena, acontecimientos que parecían destinados a concentrar largo tiempo, la atención ciudadana, van pasando a segundo plano, desplazados por escándalos, conflictos o crisis políticas cada vez mayores.

La renuncia del ministro del Interior, José María de la Jara y la entrada de cuatro militares en el Gabinete, dos de ellos destacadas figuras de la 2da. fase del régimen militar y uno —el flamante ministro de Guerra— militar en ejercicio, marcan el tránsito a una nueva ominosa coyuntura política donde la dictadura civilo-militar que se dibujaba vagamente en el horizonte, comienza a adquirir sus rasgos definidos.

o EL ULTIMO DE LOS LIBERALES

Respaldo en diversas ocasiones por la Izquierda Unida y el APRA, al salir en defensa de la Constitución y de las libertades democráticas, vejado con vesania por la prensa de ultraderecha hasta el momento mismo de su renuncia, el ministro del Interior fue en realidad casi un ministro de la oposición, es decir, honesto e inteligente.

A partir de la lenta metamorfosis de Alfonso Grados Bertorini, De la Jara resultaba una especie de Dido o Moa al interior del régimen un espécimen —el último de los liberales— extinguido por completo en la zootología acciopecequista.

El pretexto para su renuncia ha sido la muerte de un estudiante cusqueño, producida al parecer por malos tratos policiales. Su actitud merece todo nuestro respeto más aún contrastándola con la reciente del ex ministro de Justicia, Felipe Osterling, que mientras decenas de reclusos perecían achicharrados en El Sexto —en tragedia penal de repercusiones mundiales— negaba toda responsabilidad política en los hechos.

Por obra y gracia del gesto liberal de José María de la Jara, ha quedado por contraste y para siempre cubierta de oprobio. Así la encontrarán los que en el futuro escriban la historia de estos años.

Pero más allá de la muerte del estudiante Antonio Ayerbe lo que parece haber repugnado la conciencia de De la Jara es la violencia policial que escapaba a su control.

Su renuncia se produce en medio de los excesos de los sinchis y la igualmente repugnante quema de litros en Ayacucho, y mientras un paro general conmocionaba Cusco.

o ABRAZO MORTAL

Pero no sólo es el desborde de violencia policial lo que obliga a renunciar a De la Jara, sino las presiones de los sectores más represivos de su partido, que miraban al último de los demoliberales como a un animal raro, como a un invertebrado en el imperio de los quelonios y otros seres acarazados.

Era de dominio público que el sector alvista buscaba por todos los medios deshacerse del ministro y colocar a uno de los suyos en el ministerio de la avenida Copac —se hablaba insistentemente de Dagoberto Laynes— para institucionalizar la corrupción a todos los niveles del aparato estatal y consolidar las relaciones del alvismo con las fuerzas policiales.

En lo que a todas luces aparece como una jugada para frenar al alvismo, Belaúnde decidió nombrar a un aviador retirado en la Cartera vacante y acelerar el ingreso al Gabinete de tres militares, uno de ellos nada menos que el Jefe de Estado Mayor del Ejército en ejercicio, general Luis Cisneros Vizquerra, de triste recordación en las horas más sangrientas y dramáticas de la reciente dictadura que a su paso por el Ministerio del Interior dejó como recuerdo nueve meses de estado de emergencia, miles de despedidos, decenas de deportados y varios muertos en diferentes partes del país.

Esta forma de frenar al alvismo representa un altísimo costo para el gobierno. La inclusión en el Gabinete de dos hombres de la dictadura, precisamente cuando la coartada básica del régimen consiste en echarle la culpa de todas nuestras desgracias al decenio militar, resquebrajará todavía más la credibilidad del régimen.

A pesar de estar en su segundo periodo, Belaúnde parece insistir en el papel del aprendiz de brujo, que deja suelto en plaza al genio militar, cada día más difícil de controlar, y que acabará aniquilándolo.

Si en su primer gobierno, Belaúnde terminó arrojado de manera humillante de Palacio por los militares, esta vez corre peligro de quedar prisionero de sus salvadores en la Casa de Pizarro.

o "NO ES EL FRACASO DE UN HOMBRE SINO EL DE UNA CLASE"

Esto dijo De la Puente refiriéndose al primer gobierno de Acción Popular y lo mismo puede afirmarse hoy día. Porque hay algo detrás de lo que aparece como torpeza política del gobierno o del presidente, y es la incapacidad histórica de la gran burguesía para afianzarse como clase hegemónica en el país.

El destino ha querido que la constatación de ese fracaso coincida con los dos mandatos presidenciales de Fernando Belaúnde.

Durante su primer gobierno, fue la Coalición APRA-UNO la que atrincherada en el Parlamento bloqueó a nombre de los terratenientes y viejos oligarcas el desarrollismo capitalista que entonces quería imponer Acción Popular.

Frente al movimiento popular en ascenso y al bloqueo oligárquico y para acelerar nuestra historia, desplazar a la oligarquía y desarrollar el capitalismo tuvo que producirse entonces una larga intervención militar.

Esta vez, como en una ópera que pudiera ser cómica, la gran burguesía encuentra a sus opositores de derecha



al interior mismo del partido gobernante y avanza así trastabillando y enredándose en sus propias contradicciones, y no tiene otro remedio que recurrir esta vez voluntariamente, a los militares para enfrentar a los neogaunales del alvismo y al movimiento popular que a pesar de los pelardos senderistas y a la parálisis de Izquierda Unida, no ha sido derrotado.

Queda pues probado que el capitalismo en el Perú, como los drogadictos, requiere dosis cada vez más altas y mortales de presencia militar. Tanto el modelo económico que viene implantando Ulloa como la impunidad para los pequeños y grandes peculados que busca Alva, son incompatibles con el grado de democracia conquistado por el pueblo.

Al nombrar a un militar en ejercicio en el Gabinete, es el propio gobierno el que viola la Constitución y se deslegitima. Las puertas quedan abiertas para cualquier cosa, especialmente para un golpe militar.

Y he aquí, a la misma izquierda que no firmó la Constitución apropiada por la misera democracia que ofrecía, defendiendo esas hilachas pisoteadas por los propios padres de la cnatura y, por supuesto, vendiendo más allá de esa pálida Constitución, defendiendo la democracia sin adjetivos, que en el Perú contemporáneo descansa como siempre sobre los hombros del pueblo.

El reciente comunicado de todas las instituciones representativas del pueblo de Ayacucho y el paro cusqueño, lo han demostrado el día mismo en que se daba el primer paso hacia lo que puede convertirse en una dictadura civilo-militar o militar pura y simplemente.